

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

OCCHO TEXTOS DIDACTICOS.

Por el Profesor Emeterio Duarte.

Si empleamos el término Profesor ahora que nos referimos a don Emeterio Duarte Suárez, lo hacemos para señalar concretamente la labor didáctica que, en ocho libros magníficos, ha desarrollado este insigne educador colombiano. Pero en puridad de verdad el autor de estos volúmenes es, en toda la acepción del vocablo, un *Maestro*. Queremos decir un forjador de caracteres, un alma templada en aquellas seculares virtudes activas que formaron en Colombia generaciones de hombres que honraron el servicio de la Patria y entregaron a la juventud la totalidad de su existencia y de su pensamiento. Tiempos adustos es cierto; sobriedad en las costumbres; tenaces raíces que hicieron posible la vigencia auténtica de la familia; esmero en el decir y en el bien obrar; amor a la Patria, sin adjetivos; espejos de vidas que se podían presentar como ejemplo a quienes nacían a la nueva pasión del mundo y del conocimiento. Claridad mental y moral; diáfanos maestros que se consumieron al servicio de ideales que flotaban al viento como una toga.

A esa generación de heraclidas, pertenece el Maestro Emeterio Duarte. Cancelada nuestra última guerra civil de los mil días y apagados los vivaques fratricidas, él, casi un niño, dejó la espada por el libro, recordando acaso el pensamiento de Napoleón: "A la larga el sable será vencido por el espíritu". Y así, con ese amor por las gentes, con el corazón generoso y la mente alta, fundó de su propio peculio un Colegio en Málaga, sin ningún fin lucrativo. Eran los tiempos en que el pan de la educación se daba cristianamente, por el puro embeleso de enseñar. Epoca también definitivamente abolida. El Maestro Duarte vió pasar por las aulas de su Colegio a estudiantes que después han honrado a Colombia en todos los campos del saber humano: médicos, abogados, artistas. De él recibieron el impulso inicial, la primera lección, aquella que guardamos para siempre y que nos defiende después de caer muy hondo en los abismos de un mundo diametralmente diferente al que vivieron nuestros mayores. Santander del Sur lo vió cotidianamente en esta labor de maestro, de guión, de forjador de almas. El sí ha podido decir con Jacinto Grau: "Nada reservé nunca de mi pensamiento y de mis bienes a los hombres". Y para completar esta obra, el Maestro Emeterio Duarte, ha dado a la publicidad ocho textos de estudio que son lo más completo y serio en este

sentido: son sus títulos: Instrucción y Educación Cívica (para la enseñanza Primaria y Preparatorio de Bachillerato). Trece ediciones. Instrucción y Educación Cívica (para uso de los Colegios de Segunda Enseñanza). Doce ediciones. Instrucción y Educación Cívica (para 5º de Primaria). Manual de Cortesía. Urbanidad. Cuatro ediciones. Urbanidad Moderna. (para primaria), cuatro ediciones. Cátedra Bolivariana, dos textos: Uno para la enseñanza Primaria en Escuelas Liceos y Colegios y, otra para para Bachillerato, Institutos de Comercio y Escuelas Normales y Técnicas de la República. Finalmente, un texto de Contabilidad Práctica.

Pero no se trata de textos escritos en un presuroso afán de meses. Si algo vale en ellos es la diaria confrontación que su autor hizo de normas, estatutos, todo lo que le da fluidez y cauce a la vida de la República. El maestro Duarte supo espigar en diferentes trojes para darnos este apretado haz de brillantes gavillas. Prosa amena que fluye sin amaneamientos; conceptos inteligentes, que han de servir a los discípulos como la más activa lección pedagógica; viva cátedra espiritual que ha de hacernos amar más aún la Patria, su pasado, su presente y su porvenir. Los textos de Educación Cívica y de Urbanidad Moderna, sí que están hechos con maestría para formar ciudadanos de verdad y no únicamente memoriosos alumnos que han de olvidar mañana lo que hoy aprendieron. Estos ocho libros sí que son una contribución magnífica a la obra educativa de Colombia en lo que ésta tiene de basamento, de punto de partido, de ejemplar formación cívica del pueblo. Y qué decir de su estupenda Cátedra Bolivariana, trabajo noble, inteligente y de verdadera síntesis.

No vacilamos en recomendar su lectura a profesores y alumnos, de aconsejarlos a quienes ajercen una labor docente, porque estamos seguros que al hacerlo, contribuimos a indicar dónde se encuentran, por fin, libros que en verdad nos enseñen algo de la Patria, la Ciudadanía y la Vida.

LA ILUSION DE LA EPOCA Por H. B. Actor—
--

El autor de esta obra nos presenta un panorama completo acerca de las ideas de Carlos Marx y los basamentos del llamado "socialismo científico". La obra es seria, pero abstrusa. No puede decirse de ella que sea un tema de divulgación, pues, el autor se deja ganar por cierta manía cientifista que le resta claridad a sus ideas. Precisamente si de algo están necesitados los hombres de hoy, la inmensa cantidad de ciudadanos medios que se preocupan por analizar los problemas del marxismo, es de manuales diáfanos donde se divulgue el sistema y se encuentren sus refutaciones. Este libro no logra este propósito, no obstante la buena intención del autor. En esto de criticar sistemas filosóficos es bueno andar con tiento, pues, de pronto caemos en el obscurantismo y lo que buscábamos probar no se logra por el farrago y la compleja madeja sutil del razonamiento.

El autor sostiene que en el sistema marxista existe una total incoherencia y que sería la fuente de todos los errores de una ideología que ha

pretendido, sin lograrlo, hacer la felicidad del mundo. El absurdo del sistema, según el autor es el de que en la esencia o en la matriz misma del sistema ideado por Marx y Engels, existe una contradicción entre los principios sustentadores. Pretender unir y armonizar el positivismo con el idealismo de Hegel, destruye el sistema en su desarrollo histórico, pues, sería el caso de los caballos que tiran de un coche en diferentes direcciones. Considera que el materialismo histórico, al negar muchas bases puramente espiritualistas, trunca la legítima aspiración del ser humano, de buscar bienes materiales, pero también algo de idealismo, de nobles fuerzas desinteresadas que serían como una natural concesión a formas más puras de la vida que las meramente pragmáticas, directas, objetivas. En todo caso, *La ilusión de la época*, es un libro valeroso y denso de argumentaciones y críticas firmes al marxismo, pero, como decíamos antes, le falta mayor claridad expositiva para penetrar en la mente común del hombre en general, sin mayores luces filosóficas.

BASES PARA UNA INTERPRETACION
DE LOS PARTIDOS POLITICOS.

Por Eduardo Santa—

Suficientemente conocido es en los círculos intelectuales del país el escritor Eduardo Santa. Autor de varias novelas importantes como

temática y búsqueda del hombre campesino, tiene ahora en preparación una gigantesca biografía del General Rafael Uribe Uribe. Ahora nos entrega este penetrante ensayo crítico acerca de los partidos políticos colombianos, su nacimiento, sus luchas, aquello que los une y los matices que los diferencian, Santa aspira a ser un sociólogo, por lo cual este ensayo, un mucho podado de retoricismo, tiene en cambio la importancia de movilizar ideas que vinculan a los partidos políticos a la Historia de Colombia.

Recomendamos muy de veras la atenta lectura de este juicioso estudio que relievaa las calidades de escritor y sociólogo serio que son distintivo de la personalidad de Eduardo Santa.

LECCIONES DE DERECHO
CONSTITUCIONAL—

Por Alvaro Copete Lizarralde.

Bien conocida es por nuestros círculos universitarios la obra de generoso apostolado pedagógico que se ha propuesto Alvaro Copete Lizarralde. Inteligencia brillantísima,

ajena al elogio como la de todo auténtico valor, sus disciplinas jurídicas honran nuestra cátedra estudiantil. Sagaz investigador de teorías constitucionales, ha hecho un viaje apasionante por esta clase de estudios que dicen relación al hombre y a la sociedad en que vive. Porque el Derecho Constitucional no es como creen algunos, una ciencia para minorías, un campo yermo de teorías inútiles. Todo lo contrario: es un sistema vital, orgánico de la sociedad. Conocerlo es adentrarse en el mundo de las relaciones humanas, del Estado, de las jerarquías intelectuales que presiden el destino de una comunidad.

Conocer el Derecho Constitucional es dignificarse a sí mismo. Porque esta ciencia nos hace ver el desarrollo social como algo vivo, sistema pre-

cioso de vasos comunicantes. Y esto lo ha logrado a plenitud Copete Lizarralde. Estilo el suyo ameno, generoso, que hace de su libro un ensayo afortunado. Obra digna de honrar cualquier biblioteca, no solamente de estudiosos del derecho, sino de toda persona que quiera saber cómo está organizada la comunidad y cuáles las fuentes fecundas de un peregrinaje en busca de normas que regulen la actividad de las naciones.

Copete Lizarralde ha cumplido una feliz tarea con este libro que recomendamos con fervor a los lectores del *Boletín*.

MAREA DE RATAS--

Por Arturo Echeverri Mejía.

Nuevamente el tema de la violencia asoma su faz lívida en esta obra. Parece que algunos escritores colombianos —incluyendo en el número a algunos desconocidos en el género—, se han considerado en el deber de tratar este asunto, el más doloroso, el más lúgubre, el más desolado de estos tiempos de Colombia. Muchas de esas incursiones por el tema han sido francamente lamentables. Panfletos sin calidad; relaciones elementales, sin fuerza alguna, brutalidad expresiva, con la cual se quiere aparecer dotados de condiciones intelectuales de las cuales carece el autor.

Pero también esta literatura de la violencia, ha producido algunos ensayos afortunados, pero que no podrían en puridad de verdad, enmarcarse en el ámbito propio del género llamado novela y poco conocido en sus componentes, sus secretos pasadizos, sus alusiones, sus metáforas, sin que la realidad pierda frente a la fantasía. La novela es un género muy difícil y los colombianos en esto, como en muchos otros aspectos de la vida nacional, estamos apenas en la noche del Génesis.

Esta novela de Echeverri Mejía, pulcramente editada por Aguirre, de Medellín, tiene la ventaja de que ha sido escrita con talento y sentido literario. Sin que este concepto quiera significar que su autor se pierda en lo puramente "formal", para olvidar la realidad circundante. Es la suya una novela con "estilo", mejor dicho tiene el sabor de una personalidad, es ambientada, suavemente lírica, sin tanta flor de trapo como otras gentes ponen a lucir sobre sus bardas, creyendo, los pobres, que están descubriendo el mundo y sus problemas que no son de hoy sino de siempre. *Marea de ratas* es el mejor libro de su clase. Acaso porque Echeverri Mejía se evadió felinamente, es el término más aproximado, de cierta vaharada de alcantarilla, de palabras innobles que le restan prestigio y calidad a obras de esta naturaleza. Ha demostrado que se pueden tratar los temas de la violencia con altura y que también del dolor humano, de los despojos, de la ruina, surge una literatura ennoblecida por la calidad y honrada dentro de un verismo de buena ley.

NICOLAS FEDERMANN.

Por Juan Friede—

Nadie más autorizado que el historiador alemán, pero tan hondamente vinculado a Colombia, don Juan Friede, para escribir esta biografía del conquistador teutón Nicolás Federmann. En primer lugar el autor de la obra es un investigador tenaz de la época de la Colonia,

de las razones de todo orden que movieron a Europa a buscar este continente núbil, en pleno crecimiento cultural. Friede ha investigado minuciosamente en los Archivos de Indias, de Sevilla, y en otras fuentes, aquellos preciosos y precisos instrumentos humanos que nos ponen al desnudo la realidad de la Conquista, el quehacer de la Colonia, los albores de la Independencia. De paso ha destruído muchas leyendas, unas en verde, otras en negro y no pocas en gris sombrío. Fruto de su investigación han sido libros escritos con honestidad mental, sin desfigurar los hechos, ni dejarse llevar por la imaginación, simpática alcahueta, que en los escritores colombianos, colma los vacíos del estudio y de la investigación seria y responsable.

Aquí tenemos, pues, a don Nicolás de Federmann y sus alemanes. Retrato de cuerpo entero, mural viviente de unos hombres hazañosos, pero templados por la realidad, que enterraban el sable en la tierra americana, buscando no tanto luminosos Dorados, sino verdades concretas, de aquellas que solamente la tierra elabora pacientemente. Los alemanes estuvieron presentes en la conquista con coraje, sentido actual de su función, desconfiados de lo que fuera puramente milagrería o hechizo. Así como el Barón de Humboldt, en vez de escribir cantos en piedra pómez, manes del Cura Juan de Castellanos, indagó en el paisaje, en las semillas, en el olor de nuestro barro aborígen, Federmann quiso ser realista, mejor dicho, cazar el suelo con lo verdadero de un mundo heteróclito, hirviendo en su marea tropical que se presentaba a sus ojos. Y como los españoles de su tiempo y hazaña, también la sangre de sus soldados, derramó en sangres indígenas, para darnos tipos de belleza de una gran pureza de líneas, de tez blanda y cabellos dorados, como puede admirarse en algunas regiones por donde su duro trote germánico, pasó sembrando epopeyas y nobleza.

Finalmente es de admirar el hecho de que el doctor Buchholz, tan inteligente y amigo de la auténtica cultura, haya iniciado con esta Biografía, su labor editorial entre los colombianos. Esto ratifica los conceptos que se tienen de Alemania en este continente: gente trabajadora, inteligente, de milenaria cultura, creadores de hermosas realidades, virtudes que tanto necesitamos para la transformación de Colombia.

JUSTICIA, SEÑOR GOBERNADOR

Por Hugo Lindo—

Esta novela ha podido desarrollarse en cualquier parte del mundo. Esto no cuenta. Pero lo que en ella existe de

humano y grotesco, sí es propiedad exclusiva de su autor, el escritor y diplomático salvadoreño doctor Hugo Lindo. Cada vez se perfila más ese tono sombrío y sarcástico de la novelística de Lindo. No toma los problemas como tragedia, sino que nos lo muestra en su oronda desnudez. Una línea exacta, un garabato de niebla, una mueca triste, en fin, el retablo de la gran farsa exhibiendo sus títeres y echándonos a la cara una tufarada de agria sapiencia.

El personaje central de la novela fue a dar a un manicomio porque tuvo el valor de llamar a juicio criminal al Estado, a la Sociedad, entes

que hicieron posible el crecimiento de un sádico que en la impubertad de una niña, se vengó de iniciales frustraciones, desvíos, miseria y vergüenza. El magistrado que enjuicia a ciertas entidades que forman el todo de la vida ciudadana, lo hace porque está convencido que un desvío total por los humildes, crea el caldo de cultivo propicio para estos monstruos que como infusorios navegan en las aguas negras de las barriadas o en campos desamparados, donde no llegaron ni la educación, ni la justicia y menos el amor. Por esto mismo, porque careció de infancia feliz, mató Mercedes López Gámez a quien desde la mísera cuna lo acompañaron los peores complejos de inferioridad, pues, llamarse Mercedes y verse injuriado por las mozas por este nombre femenino, formó en él aquel nido de serpientes de donde saldría un día el asesino de una niña indefensa. Sí, dice el magistrado: la sociedad alcahueta tiene la culpa de estos problemas. Porque no existe un aire para estos tullidos espirituales, porque son considerados como bestias y como tales chafan y destruyen las más hermosas flores. Como decíamos, un humorismo corrosivo trasciende por todo el libro; esperpento; ser ciego que realiza su función social; marionetas empujadas por lívidos fantasmas crepusculares; luces y tiznes; carcajadas de locura y oquedades de abismo. Todo esto, enmarcado en noble estilo, fino como un estilete y seco como un guantelete de acero.

Magnífico este nuevo libro del escritor Hugo Lindo, y que deben leer quienes se interesen por la novela como función social y humana.

PRIMERA ANTOLOGIA DE
LA POESIA BOYACENSE.

Por Vicente Landiñez—

En una pobre edición se ha dado a la publicidad esta Antología. El escritor Vicente Landiñez, que tanto se ha preocupado por la cultura en el Departamento de Boyacá, ha seleccionado los poemas que integran este libro. Campo fecundo se prestaba para hacer un trabajo de esta naturaleza. Pues, Colombia, es una tierra de poetas, buenos y malos. Acaso mayor la cantidad de los últimos que de los primeros. Todo el territorio nacional, en ciertos tiempos, semeja *El árbol que canta*, con el título del libro de poemas de Eduardo Castillo. Desgraciadamente, a la hora de la verdad, en el momento de limpiar el grano y dejar lo valedero para que caiga, —hondo y limpio—, al ánfora sagrada, queda poco para sacro vaso oferente. Esto puede aplicarse también a Boyacá. Ha tenido el Departamento muchos poetas. Y el paisaje, la tierra, cierta melancolía seca, el cactus amargo, el páramo, los ocres barrancos y la sensibilidad transparente de muchas gentes, se prestaba para darle a Colombia una pléyade de grandes poetas.

Pero como todo lo colombiano, mucho de esta poesía es hojarasca. Pequeños atisbos líricos, algunos poemas de soterrada ternura, una tristeza casi transparente y detenida, pero nada más. Claro está que individualmente la poesía boyacense tiene grandes nombres: los poetas de la Colonia, con el farragoso y anchuroso Juan de Castellanos, la musa de Carlos Arturo Torres, muerta entre nieves, sin calor humano, la poesía de ambiente campesino, resina de humo dormido en lejanos caminos de

José Joaquín Casas, y la fácil abundancia de Julio Flórez, un poeta de verdad que se malogró escribiendo con endiablada facilidad y ayuno de cultura intelectual.

Es preciso destacar, sí, los nombres de Eduardo Mendoza Varela, José Umaña Bernal, Carlos Martín y Jorge Rojas. Mendoza Varela escribió poemas tersos, de fina gracia, pero parece que le dijo *adiós!* a las musas y ha dedicado su actividad mental a escribir una prosa rica, de belleza y hondura admirables. José Umaña Bernal, que cantara a Bolívar y a Francia, autor de bellos poemas, tiene un alto valor como cifra de la cultura colombiana. Quizá pudiera aún darnos una obra más nítida, más cargada de esencias americanas. Carlos Martín escribe un verso delicado, filigrana en porcelana y aire de rosa, que puede ser mejor aún en el porvenir. Finalmente, Jorge Rojas, este sí auténtico creador de formas y que brilló como gonfaloniero del grupo de Piedra y Cielo, hoy terminado literalmente, ha sellado la boca del león con la abeja dorada de su soledad. Pueda ser que vuelva un día como sacerdote de una poesía colombiana y universal.

En todo caso, esta Antología, deja ver el frustramiento de muchos poetas que se quedaron en la mañana inicial, sin la sabia madurez de un otoño donde se recogen los verdaderos frutos de la cultura.

En cuanto a la poesía femenina de Boyacá es una de las mejores del país. Sin la consabida cita de nombres, estas criaturas, han dejado un testimonio valioso que ojalá se acreciente en un futuro cercano.



SAINT-JOHN-PERSE.

Premio Nobel de Literatura—1960.

Acaso sea la primera ocasión en que un poeta europeo, no perteneciente a la constelación de los genios —Rimbaud, Baudelaire, Verlaine, Valery, Aragón, Rilke—, sea conocido por las minorías cultas de América y dentro del Continente, Colombia. Este conocimiento de Perse lo debemos exclusivamente a Jorge Zalamea, quien ha vertido al castellano, ennobleciéndola, la poemática de uno de los auténticos poetas de este tiempo del lodo, la blasfemia y el miedo. Zalamea nos había entregado inicialmente, hace aproximadamente once años, *Elogios*; posteriormente en una bella edición hecha en Milán, *Nieve, Lluvia, Exilio*, más tarde, días antes del premio a Perse, *Vientos*.

Perse pertenece por derecho de nacimiento a los grandes cantores del mundo. Como los griegos; Píndaro por ejemplo, su verso está alimentado por oscuras sustancias, aquellas que alimentan el gran árbol del mundo. Nuncio y profeta; rapsoda y sacerdote, conoce el espíritu de los elementos conjugados por él sobre la más alta colina, allí donde desciende la centella y nace el río de pecho de cristal; carece de tonos menores, de ácidas melancolías; el dolor humano, le deja un poco indiferente. Nuestras pequeñas lacerias, las diminutas viborillas que corroen nuestros sentimientos; la frustración; el amor hallado, encendido y perdido; en fin, los tonos penumbrados, los sombríos tintes de la soledad, no forman parte de su itinerario.

Perse es grandilocuente y retórico. Un engolado énfasis, una trompeta de viento y arena molida, asiste su numen. Sus carrillos se inflaman con el sopolo panida. Nuevo Adán mitológico, su verso es potente con la divina y ciega hermosura de los elementos primordiales: el Rayo, el Huracán, la Tempestad, el Océano, el ciclón de cabellos numerosos como algas, todo ello coronado por el *Mito*, principio del Génesis.

Se le ha comparado con Claudel por cierto retoricismo exquisito, declamatorio. Y con Wittman, el coloso del Norte, quebrando el leño pánico sobre su rodilla tosca de Hombre-Dios. Con ellos tiene semejanza Perse. Pero es personalísimo, inmensamente grande e imaginativo como que en su ciega infancia pasó con leve pie sobre el rebaño de los temporales dormidos y sintió el ancho corazón de la tierra. Y, además, porque una nodriza lo hizo dios y lo inició en los ritos esotéricos.

En todo caso es preciso convenir que el Premio Nobel de Literatura de 1960, ha llegado al ara de un verdadero poeta, de los pocos fundamentales de la cultura humana en el siglo XX. Leamos algo de Perse de su libro *Nieve, Lluvia, Exilio*:

“Que vuestra venida estuviese llena de grandeza, lo sabíamos nosotros, hombres de las ciudades, sobre nuestras flacas escorias. Pero habíamos soñado más altas confidencias al primer soplo del chubasco.

Y nos restituís, oh Lluvias! a nuestra instancia humana, con ese sabor de arcilla bajo nuestras máscaras.

En más altos parajes buscaremos memoria?... o si nos es preciso cantar el olvido en las biblias de oro de las bajas hojarascas?... Nuestras fiebres teñidas con los tulipaneros del sueño, la catarata sobre el ojo de los estanques y la piedra rodada hacia la boda de los pozos, no hay ahí bellos temas por reanudar.

Como rosas antiguas en las manos del inválido de guerra?... La colmena todavía está en el verjel, la infancia en las horquetas del árbol viejo, y la escala prohibida en las bellas viudeces del relámpago”. (Traducción de Jorge Zalamea).

Poeta universal Perse, su pensamiento se confunde con el mundo en lo que éste tiene de permanente, en su mudable eternidad.